

Editorial

La crisis económica, política y cultural que padecemos se agravará en el curso de este año según todos los indicios. Traerá aparejados nuevos y enormes desastres y destrucciones masivas de fuentes de empleo y aumentará los sufrimientos de la inmensa mayoría de la humanidad. Pero también ofrecerá la oportunidad para emprender un camino alternativo que aleje al planeta del ciclo infernal de miseria y guerras como también del peligro de una catástrofe de la civilización a causa de conflictos nucleares. Es necesario igualmente ocuparse del frágil e inestable equilibrio ecológico que hasta ahora pudo tolerar a duras penas la depredación continua e irracional de los recursos naturales en aras del productivismo sin freno y de las ganancias ilimitadas.

Mucho más que en cualquier otro momento anterior de la historia, la alternativa es clara: ante el peligro de que el mundo se hunda cada vez más en la actual barbarie tecnologizada acompañada por cada vez mayores desastres ecológicos provocados por la destrucción de las áreas agrícolas y boscosas y el recalentamiento global, no aparece otra vía que construir un mundo sobre bases tales como el respeto a la naturaleza, la solidaridad y la salvaguardia de las experiencias y los sentimientos comunitarios, que permiten a los seres humanos sentirse miembros plenos de una sociedad. Es importante destacar la necesidad de luchar por la justicia y contra la opresión y explotación de las mayorías por un puñado de privilegiados, en nombre de las tres consignas de la Revolución francesa –libertad, igualdad, fraternidad– pues la revolución democrática de 1789 a escala planetaria es aún cosa del futuro.

El mundo que hasta ahora hemos conocido, en cambio, ya es cosa del pasado. En los últimos meses decenas de millones de personas se sumaron al enorme ejército de desocupados y centenas de millones cayeron en la pobreza. El lento movimiento que parecía orientarse hacia la reducción de las enfermedades y de la pobreza se ha revertido. La crisis, que pesa mucho más sobre los sectores y las

regiones más desprotegidas, provocará oleadas de reflujo de los que emigraron hacia los países con mayores salarios y, al mismo tiempo, otras olas de una emigración desesperada hacia los mismos, causando así enormes cambios demográficos, sociales y culturales tanto en los países expulsores de mano de obra como en los que la reciben resistiendo por todos los medios y aumentando la agresión racista y xenófoba contra quienes, sorteando todos los peligros y obstáculos, consiguen llegar a ellos. La pérdida de los más jóvenes y emprendedores, en los países de emigración, y la llegada a las regiones de inmigración de gente deseosa de trabajar por cualquier salario y en cualquier condición y que, además, tiene otra cultura, otra lengua, otras costumbres, dificultará las resistencias de los trabajadores e incluso la construcción de la idea de la comunidad de intereses y, al debilitar las viejas solidaridades comunitarias, nacionales, culturales y sociales, hará pesar sobre las víctimas del sistema y de la crisis un enorme sentimiento de soledad y de inseguridad. Contemporáneamente, en una parte importante de las clases medias urbanas, que han perdido seguridad y cuyos sectores más pobres se precipitan hacia la pobreza, podría producirse, si no apareciera una alternativa social, un crecimiento del nacionalismo reaccionario, un reflejo de temor y odio a las protestas y movimientos populares, una exigencia de Orden autoritario porque la descomposición del sistema conduce inevitablemente al aumento de la delincuencia.

La visión oficial del mundo como lugar armonioso en el cual el libre mercado premia al industrioso, donde ya no existen las clases ni los conflictos entre éstas y la democracia es asegurada por la posibilidad de cambio social permanente y gradual –es decir, la visión del fin de la historia y del reino universal del mercado y del neoliberalismo– se hizo pedazos. Pero no aparece como en las crisis del pasado una idea-fuerza capaz de reorientar la sociedad porque las experiencias realizadas a alto costo en los países que decían construir una alternativa social demostraron aplicar los mismos valores y la misma concepción productivista que animan a los monopolios y al capitalismo de Estado. Por eso la rabia contra el sistema, como en Grecia, es general y conduce a estallidos sociales y a huelgas generales, pero esa protesta de fondo no espera nada ni de los partidos ni de los sindicatos ni encuentra cauce en ellos y, además, no presenta, como tampoco lo hicieron los motines de los jóvenes de los suburbios parisinos en su lucha contra la policía, reivindicaciones inmediatas ni objetivos aun mínimos de reforma. La rabia es ciega, total, repudia un sistema caduco, corrupto y represivo, pero no busca aún construir nada que lo sustituya. La aceptación del neoliberalismo se ha derrumbado, pero subsiste aún la idea de que el mercado y la producción de tipo capitalista, aunque sea en condiciones más dificultosas, son la solución a la crisis y no presentan alternativas.

Sin embargo, la sacudida sufrida por el sistema capitalista ha sido muy dura y lo será aún más. El funcionamiento de las instituciones financieras y su economía casino ha sufrido fuertes golpes y no será nunca más el mismo que condujo alegremente al desastre. Las instituciones financieras internacionales –como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial– que imponían ajustes leoninos a los países dependientes, corrieron a salvar a las grandes transnacionales y a los grandes bancos en quiebra. Aunque uno de los factores básicos del keynesianismo clásico –el miedo a una revolución anticapitalista– no exista ya, cunde sin

embargo un keynesianismo preventivo disfrazado de regulacionismo capitalista y los gobiernos desnudan al Estado de sus oropeles dejando a la vista su carácter de instrumento colectivo del capital en su conjunto y de salvador, en particular, del gran capital financiero y empresarial. Así se refuerza un neocapitalismo de Estado incluso en los países imperialistas cuyos gobiernos exigían a los países dependientes la reducción del papel del Estado para no distorsionar el mercado. Cambian las relaciones de fuerza entre los países imperialistas y la hegemonía hasta hace poco indiscutida de Estados Unidos está hoy en juego mientras asistimos nuevamente, como en los años treinta del siglo pasado, a un panorama mundial caracterizado por una potencia hegemónica en rápido deterioro –como lo era la Inglaterra de entre las dos guerras– entrampada en una situación multipolar con diversas potencias emergentes (China, Rusia) y potencias menores locales que se le oponen (como lo hace Brasil con su política de Defensa Nacional; o India, con su política asiática). El “sálvese quien pueda” generalizado lanza a los gobiernos, a las empresas y a los capitales hacia el debilitamiento y la eventual destrucción de sus intentos de construcción de una sinergia económica y política mediante acuerdos, pactos, mercados y proyectos comunes. Los conflictos entre los hasta ayer países socios y vecinos están a la orden del día y reaparecen las tentaciones proteccionistas como si el filme de la historia se estuviese rebobinando. Las políticas comunes parecen tener bases en la arena.

Los trabajadores asalariados de todo el mundo todavía no han hecho oír su poderosa voz y no han aparecido en el primer plano de la escena, aunque como en ninguna otra época de la historia el número de los trabajadores industriales supera con mucho, a escala mundial, los de los períodos anteriores y en su mayoría se encuentran integrados en el mercado laboral y de consumo. El hundimiento poco glorioso de la Unión Soviética y su bloque –que parecían de acero incluso para sus enemigos– agravó en efecto la impotencia de las débiles burguesías nacionales de América Latina, Asia y África que hasta entonces habían tratado de sacar provecho tecnológico, económico y diplomático de la oposición entre los países imperialistas, por un lado, y la URSS y sus aliados, por el otro. La transformación de la revolución china de independencia y de unificación nacional en un esfuerzo para construir el capitalismo en el país que alberga a un cuarto de la humanidad, a costa del ambiente, la salud humana, los derechos humanos y civiles, llamando además a ese proceso conservador y nacionalista “socialismo de mercado” acabó de desprestigiar el concepto mismo de “socialismo” sin que se extrajeran las enseñanzas de ese proceso mediante un balance de sus causas históricas.

Esta derrota ideológica y el estupor que causó el estallido de la crisis en medio de un crecimiento económico aparentemente impetuoso e infinito son las causas de la falta de reacción de los trabajadores. Pero, por una parte, en la crisis de 1929, las grandes luchas también demoraron algunos años y, por otra, los estallidos de los sectores estudiantil y del “informal” y sin contrato fijo en los países meridionales europeos así como la aparición de creciente número de grandes conflictos sociales en toda China, permiten vaticinar que muy probablemente asistiremos a una gran ola de radicalización de masa, resultante del cambio en la subjetividad de cientos de millones de personas que perdieron su confianza en el actual sistema. El comienzo de un interés renovado por un Marx liberado de los dogmas que

le habían atribuido los sacerdotes de las burocracias “marxistas-leninistas” es un indicio promisorio que da también lugar a la esperanza. Sobre todo cuando incluso en los medios académicos más conservadorizados están siendo arrojadas a la papelera las ideas sobre el fin del Estado, de las guerras y de la lucha de clases, a la Negri, sobre el fin de la historia, a la Fukuyama, o sobre la necesidad de evitar la política y la construcción de poder, a la Holloway, por citar sólo algunas de las que estuvieron efímeramente de moda y pretendieron sustituir los análisis del pensador de Tréveris.

La crisis como oportunidad de construcción de una alternativa

Toda gran crisis económica, social y de dominación es, al mismo tiempo, una oportunidad pues crea condiciones para luchar por construir una alternativa.

El protagonismo de los indígenas, campesinos, oprimidos de todo tipo, trabajadores eventuales y obreros industriales, sectores radicalizados de las clases medias y de la baja intelectualidad (maestros, estudiantes, técnicos), así como su organización independiente de los factores de poder, su autogestión del cambio social, la profunda transformación de los gobiernos y de los Estados y el reforzamiento de éstos bajo el control creciente de los trabajadores, van de la mano con la modificación radical de la tenencia y del uso de la tierra; y con una profunda modificación de la producción y de los consumos para salvaguardar la salud de los consumidores-productores y dañar lo menos posible los recursos naturales.

Para que exista una alternativa real a este viejo sistema de injusticia generalizada y de explotación salvaje de los seres humanos y de la naturaleza, es necesario que la descolonización de los países y de las mentes, la democracia plena en la producción y en la vida social y la defensa del ambiente permanezcan estrechamente unidos. No puede haber una alternativa política manteniendo el actual sistema productivo basado exclusivamente en el lucro individual ni los actuales consumos depredadores y despilfarradores que provocan desastres ambientales cada vez más catastróficos. El sistema de mando en la producción, incluso sin capitalistas individuales, como sucedía en la Unión Soviética, reproduce el capitalismo, que es el causante de las crisis. La solidaridad, la preocupación por el interés colectivo, la participación conciente en todas las fases de la producción son condiciones sine qua non tanto para una sociedad igualitaria como para una relación sana con el ambiente y el pleno desarrollo humano.

Por eso en este número tratamos las posibles transformaciones en las relaciones internacionales y particularmente en la relación de fuerzas entre, por un lado, el Estados Unidos de tiempos de crisis y bajo el gobierno de Barack Obama y, por el otro, América Latina. También los procesos de descolonización y de transformación de las bases constitucionales del Estado en dos países –Bolivia y Ecuador– sumergidos en difíciles crisis políticas. Igualmente haremos un balance de los primeros cincuenta años de la revolución cubana, señora en nuestro continente, que se esfuerza por sobrevivir a la crisis enfrentando el peso negativo de un bloqueo de más de cuarenta años y de las secuelas de la influencia de la Unión Soviética, como la excesiva burocratización, la identificación entre el Estado y el partido dirigente y la concentración de toda la vida política en el partido único. Analizamos

también los obstáculos que encuentra el gobierno de Fernando Lugo en Paraguay en su intento de descolonizar su país y de democratizar el Estado y, en una entrevista importante, damos la palabra a un destacado teórico ecosocialista que insiste en que no se puede construir una sociedad nueva con los conceptos, los valores y los instrumentos de la vieja, ni se puede salir de las dificultades creadas por el capital financiero internacional y el mercado mundial reforzando al primero y aumentando los esfuerzos en la línea marcada por el segundo.

Sin un programa alternativo, muchos gobiernos antiimperialistas recurren al arsenal económico capitalista para capear la crisis. Ante la caída de los precios de las materias primas, exportan un mayor volumen de las mismas mercancías para mantener los mismos ingresos e incitan a aumentar la extracción sojera o minera, mientras mantienen las importaciones al mismo nivel. Al mismo tiempo, para mantener en funcionamiento las fuentes de trabajo, subsidian de muchos modos a los industriales, incluidas las transnacionales, y al gran comercio y los bancos, generalmente extranjeros. Con esos subsidios y obras públicas, es cierto, sostienen el nivel de ingresos en el mercado interno, pero perpetuando y agravando las desigualdades sociales, ya que quienes menos tienen pagan enormes impuestos sobre sus consumos, mediante el IVA, pero los más ricos tienen sus ganancias garantizadas mediante el aporte de todos.

Una política alternativa exige que el Estado controle los cambios y el sistema financiero, que privilegie el mercado interno y no la exportación, que oriente las importaciones (que cuestan muchas divisas fuertes) hacia la producción nacional y no hacia el lujo de pocos, que planifique la producción de bienes de consumo básicos, que dé tierras a quienes desean cultivarlas con ayuda estatal, que reoriente la producción fabril hacia el transporte público, la vivienda social, la sanidad, la educación (que absorben mucha mano de obra), que promueva el retorno al campo y fomente en éste la agroindustria local, municipal, que reduzca drásticamente los gastos burocráticos (salarios parlamentarios, judiciales, gubernamentales) y de los aparatos represivos, que impulse la planificación y los intercambios en común con los países hermanos. Una política alternativa exige no producir ni exportar transgénicos, reforestar, impedir la minería a cielo abierto, someter los procesos productivos a la defensa de los recursos ambientales amenazados. Pero también garantizar derechos plenos a los pueblos originarios, defender su cultura y su autonomía y expropiar cualquier empresa que quiebre para garantizar la autogestión de los trabajadores, ya que el derecho a la vida está por sobre el derecho a la propiedad privada de los medios de producción. Desde tiempos inmemoriales es norma el bíblico “por sus actos los conoceréis”: a los gobiernos que aspiran a ser calificados de “progresistas” hay que pedirles por lo tanto que adopten medidas capitalistas de Estado que el capital se niega a pagar y que hagan reformas en la producción y en el consumo –siempre en el mercado capitalista– que sean socialmente más justas y ecológicamente más sustentables.

Este es tiempo de osar y de innovar y la repetición de lo mismo conduce a reproducir las crisis, pero en condiciones cada vez más insoportables.

La fuerza de los movimientos sociales, como lo muestra el ejemplo boliviano, no sólo es eficaz en el terreno constitucional sino que además es esencial para derrotar a la derecha y sostener a los gobiernos que buscan democratizar el Estado

y descolonizar el país defendiendo la independencia y la soberanía popular. Pero los movimientos sociales responden a reivindicaciones sectoriales, parciales y sólo pueden evitar el corporativismo buscando unirse a otros en la lucha por intereses políticos más generales. O sea, en la lucha por otro proyecto de país, no dependiente de partidos ni de gobierno alguno sino elaborado democráticamente en asambleas de sus bases y en discusión con los gobiernos revolucionarios.

Ese proceso de movilización y elección, de decisiones y acción, es un proceso de creación de poder que no busca expandirse por fuerza enfrentando al gobierno revolucionario, porque éste deberá dirigir un Estado débil y capitalista y participa en un mercado capitalista mundial de cuya relación de fuerzas no puede prescindir por completo. Este proceso de movilización pretende construir bases de planeamiento y de poder en el territorio y en la mente de la población trabajadora en general porque desde allí se deben identificar y discutir las necesidades y su realización, establecer qué tipos de consumo son útiles y cuáles no, verificar y controlar los recursos.

Sin fuertes movimientos sociales que den un apoyo extrainstitucional a los gobiernos que no se someten a la derecha, éstos corren el riesgo de ser sustituidos por medio de un simple proceso electoral, como podría suceder en Chile o en Argentina. Si los movimientos sociales, en cambio, no tuviesen claridad y acción política y no fuesen capaces de intervenir en la lucha cada vez más aguda –dada la crisis actual– entre los diversos sectores capitalistas en pugna (gran industria transnacional contra industria media, agrarios exportadores contra la industria que produce para el consumo interno, por ejemplo) dejarán a las clases medias en manos de la derecha o se someterán a uno u otro contendiente, perdiendo su independencia. Estamos pues ante la necesidad de que los movimientos sociales huyan del seguidismo político pero también del peor y más conservador seguidismo social, el apoliticismo del “todos son iguales” que siempre favorece a los peores y más reaccionarios. Es necesario y urgente que los movimientos sociales presenten su propio programa nacional, en el campo de las propuestas y de las movilizaciones, imponiendo así “elecciones” a todos, todos los días, para que se preparen a no tener que optar entre los malos y los peores en los procesos electorales en los que no se han preparado alternativas.